

UCLA

Mester

Title

A los cien años de Gómez Carrillo

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/0kh090zc>

Journal

Mester, 4(1)

Author

Sánchez, Ernesto Mejía

Publication Date

1973

DOI

10.5070/M341013539

Copyright Information

Copyright 1973 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

A LOS CIEN AÑOS DE GÓMEZ CARRILLO

El 27 de febrero de 1973 se cumplió el primer centenario del nacimiento de Enrique Gómez Carrillo; es buena ocasión para acercarse a las huellas más espirituales de su vida, a sus obras, que hoy son, en opinión general, más un sugestivo recuerdo que una incitación a la lectura. Que Gómez Carrillo fue un brillante prosista, no parece estar a discusión; la historia literaria suele colocarlo en sitio destacado entre los renovadores de la lengua española que van a horcajadas en el siglo XIX y el XX. Se lo incluye, no sin razón, con los modernistas de la segunda hora, ya que en cuanto a cronología, el muchacho precoz de *Esquisses* (1892) llega a los años veinte de la Vanguardia en plena producción y alcanza a dar cuenta de *La nueva literatura francesa* (1927), el propio año de su muerte.

Cuando a otros modernistas se los revisa y hasta reedita, la obra de Gómez Carrillo da la impresión de haberse estancado en sus propias aguas; los estudios que se le han dedicado son en su mayoría biográficos, no de estimativa literaria. Podría tratarse, quizá, de un espejismo; la vida de Gómez Carrillo fue tan abundante, tan pródiga en anécdotas, viajes y amores, que tienta en primer término a la biografía y oculta la obra, tan pródiga a su vez en anécdotas, viajes y amores. Se ha hecho bien en tomar la obra como guía de la vida; pero no se ha intentado aún usar la biografía como explicitación de la obra. Quizá esto ayude a comprender el caso Gómez Carrillo, obra fecunda casi olvidada ya; vida de despilfarro, que sigue interesando. Y sobre ambas, los módulos de una época espectacular (*belle époque*), que impuso su tiranía en todos los ámbitos, con la complicidad de muchos, entre ellos el primero, sin duda, el propio Gómez Carrillo, que ha venido a ser la víctima propiciatoria.

Hoy por hoy, las opiniones críticas sobre la obra de Gómez Carrillo, fuera de las que acarrea el ejercicio biográfico (Zoila Aurora Cáceres, Juan Manuel Mendoza, Edelberto Torres) y autobiográfico (*Treinta años de mi vida*, tres volúmenes), se han polarizado en dos plumas autorizadísimas: Ermilo Abreu Gómez y Luis Cardoza y Aragón. El primero, en un comprensivo prólogo a la selección titulada por él mismo *Whitman y otras crónicas* (Washington, D. C., Unión Panamericana, 1954) y el segundo, en un exigente ensayo de su *Guatemala: las líneas de su mano* (México, Fondo de Cultura Económica, 1955); vista de cerca, ambas piezas contemporáneas no se contradicen, sólo se contraponen en algunos momentos. Cardoza, con todas las severidades de que es capaz el escritor y el compatriota de la generación siguiente, reconoce a cada paso las excelencias de la prosa de Gómez Carrillo; eso mismo puntualiza, con sensibilidad de estilista, Abreu Gómez. Lo que reclama Cardoza es la predilección de Gómez Carrillo por la temática de moda en su época y su actitud de hombre desarraigado y cosmopolita. De esto no se ocupa Abreu Gómez, sino, como para disculpar, que “aquello fue un clima”, pues “abundan los ejemplos de esta preocupación en otros escritores de América”; se refiere, pues, al cosmopolitismo, exotismo y afrancesamiento que, en efecto, se dio tanto en Gómez Carrillo como en los demás modernistas, pasados o no pasados por París, moda que pasó de moda, como tantas otras, como todas.

La negación más tajante de Cardoza se expresa así: “Gómez Carrillo no fue propiamente un creador, sino un trasplantador de algunos caracteres de los gustos del bulevar”. La absolución de Abreu Gómez es más difusa: “No, no es posible olvidar tantas y tantas páginas llenas de suavísimo encanto. En ellas palpita no sólo la razón de un escritor que sabe discurrir sobre cuestiones estéticas, sino el alma, el alma misma de un poeta que, entre sonrisas que muchos tomaron por frívolas, percibe el temblor que habita en el cogollo -pleno de savia vieja, madura y tierna- del idioma castellano”. Como se ve, la defensa es más lingüística, estilística, estética, que vital, órbita en que señala Cardoza los puntos flacos. El creador, el escritor, ha quedado fuera de la discusión. Únicamente se lo niega o se lo afirma, o se lo enfrenta con el hombre que fue, o que, sencillamente, pudo ser.

La contradicción puede venir del material examinado, de la cosa juzgada. La obra de Gómez Carrillo es extensísima. No creo que biblioteca alguna la tenga completa, ni la Library of Congress, en la que basó Abreu Gómez su antología, y eso sin exigir lo que el autor no alcanzó a juntar en volumen. Edelberto Torres, en la primeras líneas de su *Enrique Gómez Carrillo: El*

cronista errante (Guatemala, Librería Escolar, 1956), ofrece estas disculpas: “Ni siquiera estamos seguros de poseer la nómina completa de sus libros; cada día descubrimos un nuevo título, y cuando cae en manos del investigador un ejemplar de edición príncipe, parece el hallazgo de una tierra desconocida. Hasta se da el caso de que así como nos dicen los astrónomos, de que hay astros cuya luz no ha llegado a nosotros, hay obras de Gómez Carrillo que están en la zona de la conjetura, que hay alguien que asegura que fue publicada, que la leyó y poseyó, y sin embargo, ese libro no se encuentra ni ha sido registrado en ninguna de las bibliografías formuladas hasta hoy. . . La práctica que llegó a convertirse en costumbre suya, de publicar los materiales de un libro con otro título, agregando algunas cosas nuevas, complica los obstáculos para hacer el inventario de su labor completa. Discurriendo en este sentido llenaríamos páginas y páginas por lo laberíntico y accidentado de su zona bibliográfica”.

Y pensar que esto lo dice quien mejor ha elaborado una cronología y bibliografía como apéndice de su obra biográfica. No obstante encontramos en ellas dudas flagrantes: “Es lo que ocurre con una novelita publicada, según aseveración, por la Tipografía Nacional de Guatemala, con el título de *Ananke*, en los primeros años del siglo”, que nadie ha podido describir. La fecha de muchas ediciones son todavía dudosas, pues las ediciones francesas y españolas de la época acostumbraban ocultar lo más que podían el año de publicación, para asegurar al público no avezado cierta intemporalidad en su compra. Es lo que pasa con *Jerusalén y la Tierra Santa*, impresa en París por Michaud, sin fecha, que Abreu Gómez y Torres le dan la de 1914, cuando sabemos por la “cabeza” de Gómez Carrillo, hecha o redactada por Darío en *Mundial Magazine* que es de 1912; por si esto fuera poco, todo un libro de refutación, *Desfaciendo entuertos* (Toledo, Imprenta y Librería de Viuda e Hijos de J. Peláez) se publicó este mismo año contra *Jerusalén y Tierra Santa*, para que no nos quede la menor duda de que el impreso es de 1912.

Otros errores o erratas de poca monta aparecen en ambos autores: número de páginas, nombres de editores y fechas, que cuenta algo más. La ausencia de una hemerografía se hace aún más notoria en este aspecto. Nadie ha dicho palabra sobre sus primeras colaboraciones en los periódicos parisinos de Luis Bonafoux: *El Herald de París* y *La Campaña*, cuando la Guerra Hispano-Americana del 98, donde muy tempranamente aparee su firma con las de Azorín, Baroja y otros autores de la famosa generación. Nadie ha registrado ni dado noticia de *Vida y Arte*, que Gómez Carrillo fundó en Madrid y cuyo primer número salió a luz el 18 de enero de 1900, revista quincenal que trae colaboraciones de Darío, Pío Baroja, Salvador Rueda, Guillermo Valencia, Miguel Eduardo Pardo, Rafael Urbano, Luis Berisso, Camilo Bargiela, Manuel Machado, etc., con ilustraciones de Ricardo Marín, Ricardo Baroja y Enrique y Julio Romero de Torres. Para el No. 2, que no hemos visto, se anuncian colaboraciones inéditas de Manuel Reina, Darío, Víctor Balaguer, José Martínez Ruiz (Azorín), Francisco Villaespesa, Alejandro Sawa, Jacinto Benavente, Pedro César Dominieci, Andrés González Blanco, etc.

En 1907 fundó *El Nuevo Mercurio*, publicación mensual, que debía tenerse muy a la mano cuando se escribe sobre el modernismo, pues en todos los números hay entrevistas o declaraciones de los protagonistas del movimiento y de los contemporáneos españoles que a partir de 1915 se acogerían a la bandera generacional del 98, enarbolada por Azorín. Otra revista en que vale reparar es *Cosmópolis*, enero de 1919. Tengo cerca únicamente el número correspondiente a noviembre de 1921, o sea el 35, en que se entregan colaboraciones de R. Cansinos-Assens (“Músicas de septiembre”), André T. Tolédano (“La literatura brasileña”), Jorge Luis Borges (“Apuntaciones críticas: La metáfora”), una antología de “Poetisas americanas”: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbouru, María Eugenia Vaz Ferreira, Alfonsina Storni, etc., unas “Letras peruanas”, de Alberto Guillén, donde ya se menciona a César Vallejo; reseñas de Guillermo de Torre sobre *El Cazador*, de Alfonso Reyes: sobre *Rompecabezas*, pieza teatral del ultraísta de la primera hora Isaac del Vando y Luis Mosquera; sobre *Espejos*, de Juan Chabás, y *El libro de las parábolas*, de Alberto Guillén. Se ha querido describir mínimamente el contenido de estas tres revistas fundadas y dirigidas por Gómez Carrillo para alertar a quienes sólo han querido ver en él al publicista de las letras francesas o del cosmopolitismo literario. Por lo que hemos referido queda en claro que el hombre y el escritor se ocupó igualmente del mundo hispánico. Dio tribuna a españoles, hispanoamericanos de habla castellana y portuguesa,

al mismo tiempo. Fue un noble y desinteresado equipo de vasos comunicantes, y no sólo de Francia, como se ha creído. Bien lo reconoció el arisco Unamuno cuando comentó públicamente *Grecia* (1908) o por carta privada sobre *De Marsella a Tokio* (1906).

El desdén o las opiniones encontradas que hoy despierta su obra pueden provenir de una visión incompleta de su labor o de prejuicios de nuestro tiempo para valorar el pasado inmediato. Toda obra es histórica y se desenvuelve en el tiempo, en la época que le toca vivir al escritor. También, por otra parte, el escritor tiene su historia particular y conviene poner orden en los papeles para ver su desarrollo individual. Ni lo uno se toma en cuenta ni lo otro se ha hecho, para juzgar a Gómez Carrillo. Cardoza y Aragón, desde luego, conoce las crónicas, viajes, cuentos y novelas; en los dos primeros no encuentra mayor mérito; en los segundos, ninguno. No es extraño: él ha vivido y viajado todas esas crónicas y viajes y no quiere que le cuenten cuentos. En cuanto a los cuentos y novelas verdaderas, participo del juicio de Cardoza, pero no puedo negar la intencionalidad del estilo. Y en cuanto a “los ensayos más extensos y detenidos sobre figuras fascinantes y de su predilección como Verlaine, Wilde, Maeterlinck o D’Annunzio, son -opina- en realidad livianos, aunque con chispazos de su sensibilidad lírica y exaltada”.

La selección de Abreu Gómez -excelente, estratégica- no incluye ninguno de estos ensayos, sino los menos franceses por el tema, los menos afrancesados por la factura: un Whitman primitivo, arcaico, contrario al “cantor del porvenir” que vio Darío en 1890; un Swinburne visto a través de Wilde; una María Bashkirtseff, como extraída de su propio *Diario*: “El teatro de Pierrot”, palpitante recreación de los personajes de la *comedia dell’arte*; y “La canción del silencio”, que tiene del poema en prosa y de la meditación sorpresiva, sorprendente en quien vivió en el bullicio y “en el reino de la frivolidad”. El saldo, independientemente del juez, tiene que ser diferente.

Y aún hay otros Gómez Carrillo desconocidos: aquel primerizo y casticista Enrique Gómez (que no se atrevía a ponerse el apellido materno de Tible, por el fácil juego de palabras que pudiera ocurrirse), que fue capaz de tildar de afrancesado a don Federico Gamboa, autor *Del Natural* (1889); el admirador de los *Ripios* de Antonio de Valbuena; el deturpador de Francisco Gavidía y de Manuel Gutiérrez Nájera: “Yo fui, entre todos los jóvenes americanos, quien más tardó en comprender la gracia ardiente y la inquietud sutil de las obras de Nájera. En su capilla no soy un devoto sino un arrepentido”, escribió a la muerte de El Duque Job; el autor de poemas en prosa como “La canción de la nieve”, seleccionada por Amado Nervo para sus *Lecturas literarias* (1906), o “Ante los ojos de su retrato”, que pasó a la selectísima *Esfinge* (1919) de Froylán Turcios; el que descubre los rigores e injusticias de la Rusia zarista en *Sensaciones de Rusia* en 1905 (librito que no veo citado en ninguna bibliografía), o quien estuvo “en el corazón de la tragedia” de la Primera Guerra Mundial, que le inspiró todo un ciclo de horror “en las trincheras”; el memorialista que deja discretamente no más que “treinta” años de su vida al descubierto; el que condena “Las mexicanadas de los novelistas yanquis” o “La entrevista considerada como artículo comercial”. El que deja, en fin, dispersos en la prensa española y americana, una serie de artículos escritos en los dos últimos años de su vida errante, que pueden dar lugar a varios volúmenes y a otra valoración de su obra, de títulos tan sugerentes como estos: “La lección de la huelga inglesa”; “La singular figura de Valéry Larbaud”; “La extraña devoción de los yanquis”; “El jazz y la belleza negra”; “Manifestaciones del orgullo yanqui”; “La crisis del parlamentarismo”; “El Instituto de Cooperación Intelectual”; “El siglo de oro de la banca”; “La crisis de la novela”; “El cubismo, producto clásico”; “La novela de ideas”; “Juan Miró, jefe del suprarrealismo”; “Un gran pintor español: Picasso”; “Utrillo, príncipe de los bohemios”; “Francisco Picabia, inventor del dadaísmo”; “Los poetas franceses de la nueva generación”; “Esplendor y miseria del banquero”; y otros más sobre Mussolini, el peyote y el hai-kai, etc., etc. Y no olvidarse -“grave ingratitud”, decía Reyes a Juan Rejano- que Gómez Carrillo fue el primer traductor español de Mallarmé. Con algo menos se gana un buen lugar en las letras del Señor.

Ernesto Mejía Sánchez